

LAS AVENTURAS DE CHARLS, EL MERCADER VERECIANO DE TELA

SoBRE EL AUTOR

C.S. Pacat es la autora de la trilogía más vendida: Príncipe Cautivo. Nacida en Australia y educada en la Universidad de Melbourne, ha vivido desde entonces en diversas ciudades, incluyendo Tokyo y Perugia. Actualmente reside y escribe en Melbourne.

Sigue a C.S. Pacat en Twitter en [cspacat](https://twitter.com/cspacat), o en su sitio web [cspacat.com](http://cspacat.com).

[Suscríbete aquí en el newsletter de C.S. Pacat](https://app.mailerlite.com/webforms/landing/r3w9b5) para recibir nuevos anuncios exclusivos, regalos y contenido.

Más de C.S. PACAT

LA TRILOGÍA DE PRÍNCIPE CAUTIVO

[*Príncipe Cautivo*](https://www.amazon.com/Captive-Prince-Book-One-Trilogy/dp/0425274268/)

[*El Gambito del Príncipe*](https://www.amazon.com/Princes-Gambit-Captive-Prince-Trilogy/dp/0425274276/http%3A/)

[*El Ascenso de los Reyes*](http://https:/www.amazon.com/Kings-Rising-Captive-Prince-Trilogy/dp/0425273997/)

HISTORIAS CORTAS DE PRÍNCIPE CAUTIVO

*Ingenuo, pero solo por una temporada*

*El Palacio de Verano*

Título original: The Adventures of Charls, the Veretian Cloth Merchant

Traducido por Sensualidad & Misterio

Copyright del texto © C.S. Pacat, 2017.

Los derechos de C.S. Pacat son identificados como el único autor de su trabajo que ha sido confirmado.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en un sistema de recuperación, ni transmitida, de ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopiado) sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos de autor.

Diseño de cubierta por © C.S. Pacat

ISBN 978-0-9876223-1-0

SIPNOPSIS

*Las Aventuras de Charls, el mercader vereciano de tela* es un relato corto de *Príncipe Cautivo* situado después de los eventos de *Palacio de Verano*. Contiene spoilers de la saga. Sigue la historia de Charls, el mercader de tela que ayudó a Laurent y Damen.

las aventuras de charls, el mercader vereciano de tela

Charls estaba saliendo al patio de la posada, un amplio espacio donde no había demasiado estiércol de caballo como para molestar a quienes andaban en sandalias akielenses, cuando vislumbró los vagones naranja.

Acababa de terminar una excelente comida de queso, carnes curadas, aceitunas y papas fritas. Eran mediados de primavera, y había oído esta misma mañana de boca de un viticultor que el tiempo se mantendría, cada día más caliente hasta el verano. Un comienzo auspicioso, cuando se embarcó en un viaje de comercio al norte hacia el interior de la provincia akielense de Aegina.

Hace un año, él hubiera llevado finas ropas de cama o algodón blanco, pero la corte unida del Rey Akielense y el Príncipe Vereciano estaba creando un mercado floreciente para nuevos estilos. En Vere, la adición de capas cortas fijadas al hombro *à la Achelos* significó un aumento en la demanda de sedas y terciopelos pesados. Y mientras que en Akielos todavía había muy poco deseo por las mangas, había un nuevo interés en bordes estampados, capas coloreadas y técnicas verecianas de tinción.

Bien provisto para estas nuevas modas atrevidas, Charls anticipó un viaje muy lucrativo, donde vendería a los Kyros de Aegina y llegaría a Marlas a tiempo para la Ascensión.

En cambio, vio a su asistente Guilliame retorciendo sus manos como lo hacía cuando no podía resolver un problema, y en el centro del patio, cinco vagones brillantes de colores naranja, estridentes al sol, se aglomeraban entre todos los demás.

Eran transportes grandes y llamativos: un acaudalado tren que viajaba con una compañía de soldados. Charls pudo ver a los soldados, media docena. El estómago de Charls se hundió ante la perspectiva de que un rival naranja brillante compartiera su ruta comercial. Podía ver al mercader sentado en el asiento de muelle del vagón más cercano, vistiendo el último brocado vereciano con diseño de trama y un sombrero de ala ancha con una pluma que se balanceaba sobre su pulcro cabello.

—¿Qué opinas? Yo mismo negocié por ellos —dijo el comerciante, mientras los ojos de Charls se abrían de par en par.

—¡Alteza! —gritó Charls bastante abrumado y comenzó a inclinarse y el comerciante, que no era un comerciante, se acercó a él de un brinco desde los vagones y cortó el arco de Charls con un gesto de discreción.

—Son de un naranja muy aristocrático —dijo Charls.

—Son tuyos. He transferido tu mercancía, junto con todos tus efectos. Considéralo como unas gracias por todo lo que hiciste por mí en Mellos.

—¡Alteza! —Charls miró los vagones naranja. Dos veces en su vida, se le concedió el gran honor de conocer a su príncipe. Pensar que el príncipe se había acordado de su humilde contribución— ¡Esto es demasiado generoso! ¡Y venir personalmente! No había necesidad, no existen deudas entre nosotros, me gusta servirle, soy su servidor.

—Me ayudaste en el viaje a Mellos —dijo el príncipe—. Pensé que podría ayudarte en tu viaje a través de Aegina. Tenemos estos vagones y soldados para protegernos… ¿qué dices?

—¡Ayúdame! —dijo Charls.

Tardó un momento en captar esta asombrosa perspectiva. Que la compañía del príncipe le fuera nuevamente confiada, no parecía posible. Y sin embargo aquí estaba: la misma nobleza de espíritu; los mismos manierismos altivos que no podían ser confundidos con nadie más.

Con la mente revoloteando, Charls trató de concentrarse en cuestiones prácticas: le dijo a Guilliame que no se inquietara. Explicó el regreso de su primo, explicó el cambio de vagones, comprobó el stock y se alegró de encontrarlo en un orden meticuloso. Se encontró con los seis soldados, aunque no reconoció a ninguno de los hombres, de los que apenas recordaba de la Guardia del príncipe a Jazar o Dord.

Pero había un alegre rostro familiar, de un hombre que salía de los últimos vagones, desplegándose a medida que salía de un espacio destinado a hombres mucho más pequeños.

—¡Lamen! —exclamó Charls.

La primera vez que Charls se había encontrado con Lamen, este había estado fingiendo ser un mercader de Patras, no muy exitosamente. Charls había notado de inmediato los huecos en el conocimiento de Lamen sobre seda. Ahora, pensó Charls afectuosamente, era obvio por qué: Lamen no era un mercader. Él no era más que un ayudante de mercader.

—Veo que estás asistiendo una vez más... —Charls se inclinó en un gesto conspirativo— El *primo Charls* en sus viajes.

—El primo Charls quiere mantener escondida su identidad. Espero que entiendas. El Consejo Vereciano piensa que está de cacería en Acquitart.

—Yo soy el alma de la discreción —dijo Charls—. Aunque me pregunto, es decir, si podría preguntar...

Cruzando el patio de la posada, la pluma flotante del sombrero del primo de Charls era visible mientras regateaba con el posadero sobre el costo del alojamiento de un vagón de tren. Había un pensamiento que lo preocupaba.

—¿La Ascensión no es en cinco semanas? —preguntó Charls.

—Cuatro semanas —dijo Lamen.

Lo dijo con una expresión firme, de pie frente a un vagón muy naranja.

—Qué suerte que el rey Damianos está en Delpha —dijo Charls, inciertamente— no hay necesidad de preocuparse de que el Príncipe esté lejos tan cerca de la Ascensión.

—Sí, de lo contrario esto sería una terrible idea —dijo Lamen.

Su primera parada en Aegina fue parte de la habitual ruta comercial de Charls, la casa de Kaenas, un miembro menor de la nobleza provincial aegeana.

La región era famosa por su hospitalidad y por sus platos de carne. Había un hombro de cordero de lento asado que era simplemente sazonado con ajo y limón, el cual Charls estaba deseando particularmente. Mientras caminaban hacia las paredes exteriores de piedra plana de la villa, Charls le contó al príncipe las costumbres intactas de esta provincia; pronto todos disfrutarían de los encantos culinarios del norte de Akielos.

Era bueno que el Príncipe estuviera manteniendo su identidad oculta. Los hombres vomitaban frente a los príncipes, tropezaban, tiraban cerámicas. Si Guilliame hubiera sabido de la identidad del Primo Charls, no hubiera podido concentrarse en el control del inventario. No todos podían tener la dichosa imparcialidad de Lamen, quien parecía darle al Príncipe ninguna deferencia en rango, un rasgo de buena actuación.

Charls tenía que seguir pellizcándose a sí mismo, justo como había tenido que hacer hace un año en el viaje a través de Mellos: El Príncipe de Vere estaba sentado en el cojín de esa carroza naranja. La persona levantando esos rollos de seda era el Príncipe de Vere. Esa era la pluma del sombrero del Príncipe de Vere.

En cuanto al Príncipe, él estaba obviamente disfrutando una libertad que Charls le proveía con unos cuantos momentos que le aceleraban el pulso, como cuando Guilliame le aventó una silla de montar, o cuando le sirvió la comida segundo, después de que Charls recibió la mejor porción. Pero el Príncipe no estaba perturbado por esas familiaridades, lo que mostraba, pensó Charls, su excelente carácter.

Estaban a punto de pasar por las paredes exteriores hacia el hombro de cordero, cuando la palabra llegó sobre que les había sido negada la entrada.

—Debe haber algún error —dijo Charls.

Le dijo a Guilliame que lo rectificara. Él no estaba completamente preocupado. Él comerciaba aquí anualmente. Kaenas tenía una preferencia por lino más ligero y chitones con estilo de pliegues superpuestos, y él tenía varias piezas de bordado con bandas que ella encontraría muy hermosas.

—No hay error —dijo el guardia—. Charls el mercader de telas no es bienvenido aquí.

La sorpresa ante esto dejó a Charls sin palabras. Batalló en pensar por qué pudiera haber algún tipo de problema, acaloradamente consciente de que este malentendido estaba sucediendo en frente de su Príncipe.

—Bueno, ahí está vuestro problema —dijo una voz inconfundible—. Estáis pensando en el Charls equivocado. Este es el Viejo Charls. Yo soy el Joven Charls. Podéis darte cuenta por las carrozas naranjas.

El Príncipe se asomó hacia el guardia desde debajo de su sombrero.

—Existen dos mercadores verecianos de tela con el nombre de Charls —dijo el guardia.

—Es un nombre común aquí en Vere —dijo el Joven Charls.

—Más común con cada día que pasa —dijo Lamen.

Los guardias se giraron hacia la voz akielense, y a Lamen sonriéndoles, una sonrisa tranquila llena de su buen carácter, sus rizos despeinados, y su temperamento sereno de su origen en el sur de Akielos. Tenía un hoyuelo en su mejilla izquierda. Charls vio al guardia sobresaltarse una fracción.

Tuvieron que esperar mientras un mensajero era enviado a dar la noticia, y esperar aún más a que regresara (jadeando). El guardia agitó una mano indicando pasaran. La llamada se recibió, los látigos volvieron a sonar, las carrozas comenzaron a moverse. El Joven Charls era bienvenido.

El Viejo Charls se estaba sintiendo decaído. Pero por supuesto debía haber aquí un lugar dónde quedarse. Sintió una mano tomar su antebrazo, y miró con sorpresa mientras el Príncipe decía

—Vamos a llegar al fondo de esto, ¿de acuerdo?

Kaenas estaba gustosa de entretener a un joven mercader con historias de la corte vereciana, y ella había preparado exactamente el tipo de tarde bajo toldos en los jardines que Charls había previsto, excepto que Charls no fue invitado. Charls tomó una comida más pequeña en los cuartos de los sirvientes.

Le golpeaba el que él también estaba ahora pretendiendo estar en una posición más baja, comiendo humildemente con Lamen. Si el Príncipe podía mantener este papel, también podía Charls, pensó. Ciertamente no quería que Lamen pensara que a él le importaba mucho comer con un asistente. De hecho él solía compartir comida con Guilliame en el camino. Además, la comida simple sabía bien, y Lamen a pesar de sus modestos orígenes era un joven hombre considerado que hablaba vereciano muy bien, incluso si su conocimiento en telas era pobre.

—Pensaba que a los hijos mayores verecianos no se les permitía estar solos con mujeres —dijo Lamen, con un leve ceño fruncido, cuando su comida no era nada más que migas y el Príncipe aún no había regresado.

—Esto es Akielos —dijo Charls.

—Creí que…

—La familia de Kaenas está presente —dijo Charls, en todo tranquilizador y con aprobación. La preocupación de Lamen por el Príncipe era muy adecuada—. Cuenta como ser un chaperón.

Un suave golpe en su puerta sonó, seguido por un rostro asomándose, una mujer más grande, con cabello castaño y más delgado.

—¿Doris? —dijo Charls en sorpresa.

—Eres tú —Doris dio un paso dentro de la habitación, la cual era muy pequeña para tres personas—. Charls… quiero que sepas, que no creo ni una palabra de lo que están diciendo de ti.

Charls sintió el frío toque de preocupación.

—¿Qué están diciendo?

Había conocido a Doris hace dos años. Ella era una costurera y él le había dado un cumplido respecto a la calidad de su trabajo. Habían tenido varias conversaciones estimulantes desde entonces, incluyendo una maravillosa charla sobre las cualidades del lino Isthimo. Ahora el rostro de ella se mostraba preocupado.

—Un mercader se detuvo aquí, hace tres días. Dijo que estabas aquí porque no eras bienvenido en la capital. Dijo que engañaste al Rey de Akielos con una venta mala.

—Eso no es cierto —dijo Lamen, poniéndose de pie.

Charls se conmovió por la fe de Lamen sobre él.

—Es muy amable de tu parte decir eso, Lamen —dijo Charls—. Pero tu palabra tristemente cuenta muy poco contra aquella de un renombrado mercader.

Podía escuchar la preocupación en su propia voz, e hizo un consciente esfuerzo por relajarse. No le haría bien alguno el preocupar a otros con sus problemas.

—Gracias por venir, Doris. Estoy seguro que es simplemente un malentendido.

—Ten cuidado en tu viaje, Charls —dijo Doris—. Aegina es una provincia pesada, y nadie sabe mucho sobre este mercader.

—Su nombre es Makon —dijo el Príncipe, relajándose de la cena varias horas después. Tenía una mirada enervante que sutilmente relajaba su postura, y un brillo en sus ojos por una tarde de entretenimiento—. Es un ciudadano de Akielos intentando establecer rutas de comercio a través de Patras. Nacido en Isthima. Heredero de una compañía de comercio de gran reputación. Moreno. Lindos ojos. No tanto como los míos. Tiene treinta y cinco años y es apuesto y soltero, y me temo que tiene cosas nada alentadoras que decir sobre ti, Charls.

—En efecto tienes lindos ojos —dijo Lamen.

—¿Me extrañaste? Te traje algo —el Príncipe le lanzó un dulce a Lamen, quien lo atrapó con un dejo de sorpresa.

—Parece que tienes un rival en el comercio. Y te lleva tres días de ventaja.

—Su Alteza, estoy muy apenado por haberle causado este inconveniente. Con mucho gusto lo acompañaré de vuelta a Acquitart —Charls dio una profunda reverencia.

La reputación lo era todo para un mercader, y su posición era ya precaria como un vereciano en el norte de Akielos. Charls pensó en rumores esparcidos, relaciones rotas, puertas cerradas. Pero sobre todo pensó cuánto esto decepcionaría al Príncipe, quien debería de viajar sólo con la mejor compañía.

El Príncipe reclinó su hombro en la piedra dura de la pared.

—¿Cuál es tu siguiente parada de comercio?

—Al noreste, en Semea —dijo Charls.

—Entonces vamos al norte, a Kalamos —dijo el Príncipe—. Y le adelantaremos.

\*\*\*\*\*

El comercio era usualmente una carrera: el primero en cruzar las montañas en la primavera, el primero en llegar a un puerto, a una familia, a un patrocinador. Las carrozas naranjas no estaban hechas para una carrera, pero Lamen tenía una excelente ética de trabajo y el tipo de físico que era muy bueno para reordenar rollos pesados de tela. También tenía un alarmante efecto en los seis guardias contratados, mezclado con un buen conocimiento del terreno que los tenía haciendo buen tiempo en los caminos rurales.

Kalamos –el guardia los hizo pasar sin dudarlo. Se dirigieron hacia un camino cubierto por las sombras de unos árboles de laurel que daban paso a un patio trasero, donde los vagones desempacaron y los jinetes desmontaron.

Por un momento, Charls pensó que estaba viendo doble.

Un grupo de cinco carrozas naranjas estaba siendo ubicado en el patio del lado opuesto a ellos. Parecían idénticos a sus propias carrozas en todos los aspectos. Sus carrozas eran naranjas. Esas carrozas eran naranjas. Sus carrozas tenían asientos de resorte. Esas carrozas tenían asientos de resorte. La misma forma, el mismo estilo, las mismas medidas… ¿Le había el Príncipe comprado otras cinco carrozas?

Pero entonces Charls vio al mercader vestido en chitón pesado de algodón importado, una prenda larga hasta sus talones con bordados bermellones ostentosos.

Era Makon. Charls lo supo de inmediato, con un parpadeo de nervios. Este era el tren de carrozas de Makon. No habían adelantado a Makon, sino que llegado precisamente al mismo tiempo.

—Dos mercaderes de huéspedes —Eugenos, el Guardián de la Casa, les dio la bienvenida con el gesto tradicional.

—Una sana competencia —sonrió Makon.

Fueron guiados a la villa juntos, a los cuartos donde podrían refrescarse a sí mismos después de su viaje. Charls y Makon caminaron juntos de frente, con el Príncipe pegado al codo izquierdo de Charls, y sus asistentes al lado de ellos.

Más de cerca, Makon era mucho como el Príncipe lo había descrito: un hombre con un atractivo rostro, una barba corta que era popular en Patras, y ojos oscuros penetrantes, los cuales su sonrisa nunca alcanzaba.

—Así que, vos sois Charls —dijo Makon.

La caminata tenía el ritmo de un agradable paseo. Las palabras de Makon eran agradables también, pero Charls sintió su pulso acelerarse como en respuesta de una amenaza.

—Así es —dijo una voz, antes de Charls pudiera responder.

Makon giró su mirada hacia el joven al lado de Charls. Fijó su mirada en la vestimenta –la lazada vereciana, el obvio gasto en el brocado. Observó el plumaje.

—Sois más joven de lo que esperaba.

—Seré mayor de edad en cuatro semanas.

Ojos azules miraron a Makon de debajo del sombrero. Makon consideró al Príncipe a su vez, como si evaluara cada moneda de su valor.

—No se parece al hombre del que he escuchado tanto.

—Querrás decir al hombre del que habéis hablado tanto.

Makon sonrió de nuevo.

—Vamos ya, Charls. Como dije. Un poco de sana competencia.

Retirándose para prepararse a los cuartos que habían sido preparados para ellos, los dos comerciantes regresaron limpios del polvo del camino, con sus asistentes y varias muestras para mostrar al Guardián.

Néstor de Kalamos gustaba de vestir rojos que se acercaran lo más que se pudiera al rojo real de Akielos que aquellos de bajo rango tenían permitido usar. Charls seleccionó muestras que representaban sus mejores tintes rojos –el bermejo de Ver-Tan, el carmín extraído de kermes aplastados en Lamark– y los acomodó para su vista– ganar un contrato aquí podría ayudarlo a construir una línea de comercio que podía extender del norte al fuerte del Kyros.

El Príncipe manejó el discurso inaugural bastante bien, incluso aunque Charls tenía que murmurar en voz baja unas cuantas cosas por aquí y por allá.

—Y estos seis… hilos…

—*Tejidos* —murmuró Charls.

—Sirven para un excelente…

—Para debajo de la capa —murmuró Charls.

—Excelente trabajo, su Alteza —murmuró quedamente Charls más sin embargo orgulloso, cuando el Guardián se volteó hacia Makon—. Un fuerte inicio.

Los sonidos de asombro llegaron cuando el asistente de Makon desenrolló como si fuera broche de oro un rollo de seda bermellón Kemptiana en condición impecable, sin ningún detalle, libre de cualquier tipo de polvo del camino. Estaba hermosa.

—Seda Kemptiana —dijo Makon—. Traída del este. Cien Lei de plata.

—La nuestra, cincuenta —dijo el Príncipe, inmediatamente—. Mi madre es Kemptiana.

—¡Primo Charls! —dijo Charls, pero antes de que pudiera objetar…

—¿Puede mejorar cincuenta lei? —el Guardián volteó de vuelta a Makon.

—Cuarenta y cinco —dijo Makon.

—Cuarenta —dijo el Príncipe.

—Treinta y cinco —dijo Makon. Charls sintió que se iba a desmayar. Esto era mucho más allá del precio bajo. Quien fuera que ganara el contrato tendría una enorme pérdida, y si era él…

Todos en la cámara miraron al Príncipe, expectantes. Había palidecido un poco.

—Me temo que no puedo bajarme más, incluso para Néstor de Kalamos.

Eso fue todo lo que tomó, el Guardián hizo el gesto, y las sedas fueron envueltas de nuevo y las muestras guardadas, tan rápida y eficientemente como un puesto de mercado cerrando al primer indicio de lluvia.

—Tiene un contrato —le dijo el Guardián a Makon—. Y un asiento al lado de Néstor en el festín de esta noche, en reconocimiento de nuestra nueva posición.

—Guardián —dijo Makon, inclinando su cabeza en respuesta, mientras el Guardián y sus sirvientes se retiraban de la cámara.

—Observo que realmente deseáis establecer una línea de comercio aquí —le dijo el Príncipe a Makon. Estaban de pie uno frente a otro.

—Querido Charls. ¿Qué vais a hacer con tu seda Kemptiana? Se va a estropear en el camino.

—Nosotros no cargamos nada de seda Kemptiana —dijo el Príncipe.

Tomó un momento para que esas palabras fueran entendidas, y entonces la expresión de Makon cambió.

—Oh, ¿creísteis que teníamos? Me temo que acabáis de rebajar tu precio sin motivo alguno —una mirada de furia apareció en el rostro de Makon. El Príncipe continuó—. Un poco de competencia sana.

La cena fue gloriosa. Los arreglos del acomodo de sillas no los privaron en lo absoluto del delicioso puerco y puerro ahumado, las cebollas acarameladas y del vino regional completamente aromatizado. Cada historia que el Primo Charls decía parecía poner a Charls en una luz ligeramente favorable. Y cuando Néstor se inclinó y dio un cumplido al Primo Charls hacia el color de su brocado rojo, Charls sólo tuvo que mencionar que cargaban con un almacén similar, y el trato fue hecho… ¡Un contrato!

Charls durmió felizmente en la estrecha cama, y se despertó impulsado por buenos espíritus, optimista sobre su expedición al norte, hasta que bajó a los establos, oscuros justo antes del amanecer, y vio la actividad desenvolviéndose ahí.

Guilliame estaba sosteniendo una antorcha, las flamas iluminando el interior del establo. El Príncipe estaba sobre sus rodillas en la paja con su mano en el cuello de uno de los caballos de las carrozas, el caballo manchado con sus enormes pezuñas peludas. Yacía a su lado, su respiración pesada. Estaba muriendo. Carne para los perros de caza, el mozo de cuadra había dicho. El Príncipe dijo sin levantarse que no pensaba que eso era una buena idea.

Guilliame dijo en voz baja.

—Fue veneno… estaba en la comida. Lamen notó un ratón de campo muerto cerca de los almacenes de grano. Si no fuera por esa advertencia, hubiéramos perdido a todos los caballos. No sólo a éste.

El Príncipe se quedó con el caballo mientras Lamen palpaba su hombro, y entonces preparó con el mozo la ejecución del animal. El Príncipe sólo se puso de pie cuando el caballo estuvo muerto.

El sol estaba muy brillante cuando todos emergieron de los establos hacia el patio, donde las cinco carrozas brillantes de Makon estaban listas para irse.

El mismo Makon estaba vestido con un majestuoso chitón blanco, sus ojos cayendo a la seda arruinada del Príncipe, las manchas de tierra y paja en sus rodillas.

—¿Problema con los caballos? —la voz de Makon era suave.

—Estas cosas pasan en el comercio —le dijo Charls al Príncipe, mientras preparaban sus propias carrozas, mucho más tarde.

—Me burlé de él —dijo el Príncipe, su voz nivelada, como su acética mirada con sus ojos azules cuando se giró a ver a Charls—. Lo estaba disfrutando.

Con sólo un caballo jalando la carroza de dos vagones, tenían que viajar lentamente, y detenerse seguido. No había oportunidad alguna de sobrepasar a Makon ahora; estaba muy por delante de ellos. A donde fuera que fueran, él llegaba primero, para pescar los tratos y fomentar rumores.

Más a pesar de eso si no hubiera sido por el Príncipe, Charls ahora hubiera tenido un nombre sinónimo de traición en esta región. Si no fuera por Lamen, hubiera tenido diez caballos muertos pudriéndose en los establos en lugar de uno.

No dijo nada de eso, mientras avanzaban lentamente hacia adelante. Pensaba en el Príncipe sobre sus rodillas en los establos, y en el caballo pío, yaciendo a su lado, soplando aire por su nariz en la paja.

\*\*\*\*\*

Era ya muy entrada la tarde cuando llegaron a la posada, y dos docenas de pares de ojos hostiles les observaron entrar.

El pueblo de Halki era pequeño y la posada también, un edificio de madera rectangular con asientos afuera debajo de vides de uva colgantes, y un interior con un suelo sucio donde los habitantes –y a veces sus animales— tomaban una comida o un lugar donde pasar la noche.

—No podemos quedarnos en las mismas posadas que Makon, no es seguro —el Príncipe había sugerido.

Y tenía bastante razón: el sabotaje era más común de presenciarse en el camino. Así que habían venido a esta pequeña posada local, con su interior estrecho y una sola pierna de cordero sobre el fuego. Afuera, sus caballos estaban de pie con bolsas para las narices aun atados a las carrozas; el establo estaba ocupado, lleno de soldados sacando sus bolsas para dormir en la noche.

Adentro, los hombres (eran puros hombres) estaban sentados en dos grupos al azar de alrededor ocho personas, con un hombre adicional sentado solo vistiendo una capa de lana pobremente tintada de azul con un tejido de patrón impar, y otros dos bebiendo vino acompañados por una manada encerrada de gansos en la esquina.

Charls pensó con angustia sobre el estofado de ternera con cebollas asadas de una posada más grande que conocía muy bien. Fue inmediatamente obvio que esta posada no atendía a la clase comerciante. Probablemente tampoco atendía a gente proveniente de fuera de la villa.

—Vereciano —fue la primera palabra dicha cuando pasaron, y el tono fue lo suficientemente desagradable que Charls se hubiera ido si no fuera porque el Príncipe ya se había hecho camino a una mesa. Charls se sentó frente a él, incómodamente cerca de un hombre con una capa azul, la cual con más inspección resultó ser de lana descuidada, obviamente tejido casero. Realmente habían llegado muy bajo, pensó Charls.

—El cordero es comestible —dijo el hombre de la capa azul.

—Gracias, extraño —dijo Charls, su acento vereciano sonando un poco torpe, y muy fuerte.

Había en efecto un olor de cordero asado que llenaba la taberna, pero no daba un sentido cómodo del todo, considerando la hostilidad de los hombres y la presencia de gansos en la esquina.

—¿No te vas a sentar en mi pierna esta vez? —dijo Lamen cómodamente en la banca.

—Charls se desmayaría —dijo el Príncipe.

—No creo sea la forma apropiada de comportarse para un joven mercader de telas —dijo Charls.

—¿Está seguro que el cordero se puede ingerir? —preguntó Guilliame al hombre de la capa azul.

Charls olió el vino. Estaba doblemente fuerte, se dio cuenta, tosiendo. Al menos era vino y no uno de esos licores fermentados de las regiones del norte. Trató de apreciar el encanto rústico de cenar aquí, incluso aunque estaba consciente de que estos hombres hostiles estaban bebiendo ese vino también.

Aun así, siempre había un lado positivo: sólo era necesario beber la mitad del vino, y tal vez este hombre de la capa azul podría tener un poco de conocimiento local. Abrió su boca para hablar.

Charls no vio cómo pasó. Escuchó a un akielense en un chitón de lana decir *Cuidado*, y de repente el Príncipe estaba empapado. El contenido de la copa del Príncipe había sido tirado en su pierna.

Vino fuerte se empapó en la seda del exquisito uniforme, manchándolo por siempre, goteando hacia el suelo.

—Hay muchos verecianos aquí —dijo el hombre, y escupió cerca del charco de vino.

Lamen se levantó tranquilamente de su silla, un movimiento que el hombre no notó hasta que se encontró a sí mismo mirando hacia arriba.

—El Príncipe de Vere está a punto de ser coronado —la voz de Lamen era lo suficientemente amistosa—. Deberías hablarles a sus ciudadanos con respeto.

—Yo te mostraré respeto —dijo el hombre, y se dio la vuelta –sólo para girarse de nuevo y lanzar un golpe a la mandíbula de Lamen.

—¡Lamen, la cena del Príncipe! —dijo Charls, sus torpes palabra siendo ignoradas mientras Lamen se giraba, evadiendo el golpe, para que el hombre se tambaleara en la mesa, haciendo un desorden. Lamen tomó entonces al hombre por la nuca de su chitón y lo arrojó de vuelta a la taberna.

Con un golpe, el hombre aterrizó en medio de un grupo de hombres sentados a varios pasos de distancia, enviando copas de vino y pedazos de carne a volar. Todos los hombres ahí sentados saltaron en sus pies.

—Todo esto es un malentendido —dijo Charls, de frente ante ocho akielenses empapados—. No estamos aquí en busca de problemas. Sólo estamos…

Se agachó mientras una estaca a la cual estaban atados un par de conejos recién cazados era aventada con alarmante puntería hacia su cabeza.

—¡Cuidado! —el Príncipe arrastró al hombre en la capa de lana pobremente tintada hacia el suelo para evitar el golpe. Al mismo tiempo, sacudiéndose de la caída y las piezas de comida y vino de la mesa, el iniciador principal de la riña se puso de pie, y se lanzó a sí mismo hacia Lamen.

La explosión resultante de violencia volvió la taberna un enorme desorden lleno de peleas. Un grupo de akielenses se abalanzó sobre Lamen. Otro grupo de akielenses se peleaba entre sí.

—¿Me culpas a mí por las acciones de un vereciano? —Prosiguió con rapidez un hombre— Has estado pastando a tus vacas en mis tierras, Stavos, ¡no lo niegues!

El corral de los gansos se abrió de par en par y éstos salieron corriendo pasando al nivel de las rodillas, graznando y picoteando.

El Príncipe jaló al hombre de la capa azul a salvo detrás de una mesa volteada enorme. Desde ahí, el Príncipe comenzó a aventar olivas. Golpeaban las cabezas de los akielenses peleándose aunque no causaban daño alguno, pero contribuían a generar confusión.

Charls se presionó a sí mismo contra una pared e intentó mantenerse lejos de la revuelta, y entonces vio a Guilliame en los restos del corral de los gansos, con uno de los akielenses avanzando hacia él.

—¡Guilliame! –Charls se puso de pie sobre el taburete, agarrando una jarra de vino y rompiéndola sobre la cabeza del atacante, encogiéndose ante el costo de la cerámica rota. Apuró a Guilliame hacia el lugar a salvo detrás de la mesa volteada, cuando el hombre de la capa azul llegó en cuclillas junto con el Príncipe.

—Charls —se presentó a sí mismo.

—Alexon —dijo el hombre.

Se escuchó algo rompiéndose y luego el sonido de madera astillándose, seguido por un poderoso rugido.

—Creo que Lamen está resistiendo por su cuenta —dijo el Príncipe, asomándose sobre la mesa.

Un repentino sonido metálico fuerte generó una alarmante expresión de huida en el rostro de Alexon.

—Esa campana convoca al cuartel.

—Ven con nosotros —le dijo el Príncipe a Alexon. Y luego— ¡Lamen, a mí! —y los cinco de ellos se abrieron camino hacia la puerta, con la pelea aun retumbando detrás de ellos.

Fue un trabajo rápido el desatar las bolsas de los caballos y trepar a las carrozas, agradeciendo que los caballos seguían atados. No tuvieron que despertar a los guardias; la campana había encargado de eso. Sus hombres apresuradamente se pusieron sus pantalones y camisetas y se lanzaron hacia sus monturas. Viajar de noche no era preferente en estos caminos provinciales, pero habían cortado un paso vertiginoso (por carrozas) y estaban lejos. Ni un momento más tarde: la llegada de la guardia local se puso escuchar distintivamente detrás de ellos.

Sólo cuando Lamen aseguró que no estaban siendo seguidos alentaron su paso y comenzaron a buscar por un desvío y una brecha en los árboles donde pudieran detenerse y acampar por la noche.

—Es una pena que no lo hayas golpeado después de la cena. Podemos hacer una fogata, pero no hay nada qué cenar.

El Príncipe sostuvo un paquete envuelto en tela.

—¡El cordero! —dijo Alexon, quien acababa de bajar de la carroza.

—Golpeé a un akielense con él —dijo el Príncipe—, pero fuera de eso no creo que esté lejos de ser comestible.

—Tendremos vino también, si escurres tu chaqueta —dijo Lamen. Sostenía el par de conejos.

—Bien pensado, Lamen —dijo Alexon, admirablemente.

Sus seis jinetes amarraron a los caballos. Guilliame fue en busca de madera para la fogata. Charls, quien tenía un escrupuloso sentido de un comercio justo, se consoló a sí mismo diciendo que habían pagado por el cordero y los conejos habían sido lanzados hacia él, lo que podía contar como un regalo. Entonces vio al Príncipe y a Lamen, y todos los pensamientos se esfumaron de su cabeza. El Príncipe estaba sosteniendo a uno de los conejos por las orejas con un brazo estirado, mirándolo.

—No puede ser tan difícil —estaba diciendo el Príncipe.

Charls vio horrorizado que estaba hablando sobre despellejar al conejo. Charls tomó a Lamen firmemente del brazo.

—Discúlpanos, Primo Charls —estaba jalando a Lamen a las orillas de las carrozas.

—Lamen —dijo, una vez estuvieron unos cuantos metros lejos—. ¿El Príncipe de Vere está sosteniendo un conejo?

—Sí, pero…

—Él es un príncipe. Ese es un conejo. ¿Crees que ha despellejado un conejo en su vida?

—No, pero…

—No. Las manos de un Príncipe son instrumentos refinados. Las manos de un Príncipe no son hechas para tocar un conejo muerto. ¡Tú tienes que hacerlo!

—Pero Charls…

Charls lo empujó firmemente por la espalda.

—¡Ve!

Esta cardiaca violación de etiqueta fue evitada, y Charls regresó al campamento mientras los soldados estaban cavando un pozo para el fuego. Colectó varias sábanas para él para sentarse, y sólo cuando el pozo estaba hecho y el fuego encendido ahora sí fue en búsqueda de los conejos.

El Príncipe y Lamen se encontraban juntos en el borde del árbol. Los conejos estaban en el suelo, a excepción de uno que Lamen estaba sosteniendo de la pierna, cautelosamente. El Príncipe estaba limpiándose los ojos, riendo.

—Si tan sólo supiéramos por dónde empezar –dijo Lamen.

Fue de repente obvio que Lamen no tenía idea de qué hacer. Con un simple momento de comprensión, Charls vio que Lamen no era un asistente de mercader de telas. Él era la compañía privada del príncipe, y realmente no tenía habilidades algunas.

—Guilliame, por favor enséñale a Lamen a cocinar un conejo —dijo Charls. El latido en su temperamento amenazaba con convertirse en un dolor de cabeza.

Afortunadamente, no tuvieron que exprimir la chaqueta del Príncipe: destaparon vino de las carrozas, junto con pequeñas copas, y bastó para tener una pequeña fiesta alrededor de la fogata. El vino fue cálido y la carne (Guilliame hizo un buen trabajo) estaba bien cocida. Alexon, supieron, era el hijo de un granjero de ovejas, y él y Charls tuvieron una profunda conversación sobre el aumento en los precios de la lana regional. Charls pensó que Alexon era un joven sobresaliente, e hizo una nota mental de conseguirle una nueva capa.

—Díganme de dónde proceden cada uno de ustedes —dijo Alexon.

—Yo nací en Varenne —dijo Charls—. Una provincia rica en comercio, con un sistema de tarifas de comercio excelente. Siempre he encontrado la administración de los ingresos ser muy buena ahí.

—Arles —dijo el Príncipe—. El poso de la cobra.

—Ios —continuó Lamen, viéndose relajado, sus extremidades calentándose en la fogata—. Pero me trajeron a Arles, donde nos conocimos.

—Creí que eras Patriano —dijo Guilliame.

—No, yo nací en la capital.

No dijo nada más que eso. Charls supuso que él y Guilliame eran dos de los pocos que sabían la verdad de los verdaderos orígenes de Lamen –que bajo esa manga había un brazalete de oro, y que Lamen había sido en su tiempo un esclavo del palacio. No sabía cómo Lamen había conseguido su libertad, aunque él podía ver cómo Lamen había llamado la atención del Príncipe. Lamen era un hombre joven en la cima de su condición física, bueno de naturaleza y leal. Cualquier noble soltero lo hubiera notado.

—¿Y cómo es que ahora peleas para verecianos? —dijo Alexon.

Charls se encontró a sí mismo con curiosidad hacia esa respuesta, pero Lamen sólo dijo

—Se dio que conocí a uno de ellos.

La fogata parecía cambiar la actitud, haciéndola más cálida. Las carrozas se veían en el brillo de la flama, un naranja rosado.

—Alrededor de estos lugares, la gente no piensa mucho sobre la nueva alianza —dijo Alexon.

—Damianos es un gran rey —dijo Charls—. Deberían confiar en él, así como nosotros confiamos en nuestro Príncipe.

—¿Crees que lo estén haciendo? —dijo Alexon.

Charls se ahogó en su vino.

—¿Disculpa?

—El Rey y el Príncipe Laurent. ¿Crees que lo estén haciendo?

—Bueno, no depende de mí responder eso —Charls evitó mirar al Príncipe.

—Yo creo que sí lo hacen —se aventuró Guilliame—. Charls conoció al Príncipe de Vere una vez. Dijo que era tan hermoso que si él fuera una mascota haría tal guerra de ofertas sobre sus gustos como nunca nadie hubiera visto jamás.

—Queriendo decir, de una forma honorable —dijo Charls, rápidamente.

—Y todos en Akielos hablan de la virilidad de Damianos —continuó Guilliame.

—No creo que debamos seguir eso… —empezó Charls.

—Mi primo me dijo —dijo Alexon, orgulloso— que una vez conoció a un hombre que había sido un famoso gladiador de Isthima. Duró sólo minutos en la arena contra Damianos. Pero después de eso Damianos lo tuvo en su habitación por seis horas.

—¿Ves? ¿Cómo un hombre como él podría resistirse de alguien tan bello como el Príncipe? –dijo Guilliame, reclinándose triunfante.

—Siete horas —dijo Lamen, frunciendo el ceño ligeramente.

—Aquí en Aegina, dicen que Damianos toma al Príncipe cada noche, pero eso no parece normal de un rey, el renunciar de sus esclavos y limitar sus apetitos, negándose a sí mismo más que a una sola persona.

—Yo creo que es romántico —dijo Guilliame.

—¿Oh? —Dijo Alexon.

—Escuché que Damianos se disfrazó a sí mismo como un esclavo para proteger el secreto de la traición de su hermano, y el Príncipe de Vere se enamoró de él sin saber quién era.

—Yo escuché que ellos se aliaron en secreto muchos meses atrás —dijo Alexon—. Y que el Príncipe escondió a Damianos de Kastor, pretendiendo que era un esclavo, mientras se cortejaban en secreto.

—¿Tú qué piensas, Charls? —preguntó Guilliame al Príncipe.

—Creo que recibieron ayuda —dijo el Príncipe—, en el camino, por aquellos que eran leales.

Charls se sintió a sí mismo sonrojarse ante las amables palabras del Príncipe, a pesar del impropio tema de conversación. Levantó su copa.

—Espero que tengamos muchas noches de estas con nuestros nuevos amigos akielenses —dijo Charls.

—Por la Alianza —asintió Alexon, sus palabras siendo repetidas como eco por aquellos sentados alrededor del fuego. Por la Alianza.

Charls vio a Lamen levantar su copa e inclinarse hacia el Príncipe, quien repitió su gesto, ambos sonriendo un poco.

\*\*\*\*\*

Lamen, por alguna razón, se puso más y más agitado conforme se acercaban al fuerte. Había empezado cuando Charls mencionó brevemente que había una posibilidad de que pudieran conocer al Kyros. Deseaba estar seguro de que cada uno de ellos sabía cómo comportarse hacia él, con completo respeto dado su rango.

—Querrás decir Heiron —dijo Lamen.

—Sí, así es —dijo Charls.

—No puedo conocer a Heiron —dijo Lamen.

—Es entendible el estar nervioso alrededor de grandes hombres como el Kyros, Lamen. Pero el Príncipe no te hubiera hecho su asistente si no creyera en tus habilidades.

Lamen pasó su mano por su rostro y tenía una mirada de angustia divertida.

—Charls…

—No te preocupes, Lamen. Aquí no es como lo es en casas pequeñas. El Kyros es una figura grande pero remota. Lo más seguro es que nuestras negociaciones sean con el Guardián.

Lamen no se vio relajado de ninguna forma con dicha afirmación, pero fue justo como Charls lo había dicho: una vez descansados en cuartos en el pueblo, fueron llamados al fuerte interior para verse con el Guardián de la casa.

Esta había sido la reunión para la cual Charls se había preparado desde el principio, y con orgullo tendió lo mejor de su inventario, el terciopelo fino de Barbin, el damasco con rayas alternas, las sedas y satines de Varenne, los finos linos blancos y algodones ultra finos que hacían los mejores chitones akielenses. Miró todos sus artículos con un corazón agradecido. Era un enorme honor comerciar con un Kyros.

También había adelantado un pequeño cofre conteniendo un preciado regalo –vendas de bordados de Isthima— para agradecerle al Kyros por esta audiencia. Abrir negociaciones con un regalo era una costumbre vereciana que Charls había descubierto complacía en demasía a los akielenses.

Se acomodaron en un grupo pequeño, Charls y el Príncipe al frente, Guilliame a continuación, Lamen detrás junto con cuatro guardias cargando sus cofres con las muestras. Alexon, quien había viajado al norte con ellos, se veía bastante respetable con su capa nueva.

Dos sirvientes en chitones cortos los escoltaron a través de la elegante simplicidad de patios akielenses hacia un cuarto con ventilación, donde esperarían al Guardián.

El cuarto era en sus proporciones un clásico akielense, y amueblado con sillones bajos con bases talladas y reposacabezas enrollados. Los arcos eran hermosos, pero la seda cubriendo cada uno de los sillones era la verdadera y única decoración del cuarto, junto con cada conjunto de cojines dispersos en los sillones.

Reclinado en los cojines estaba Makon, vestido fresco, su postura relajada, una copa de vino en su mano.

—Hola Charls —dijo.

Charls sintió su estómago caer –por supuesto que cuando se habían detenido en el camino para librarse a sí mismos del polvo, Makon había venido directo aquí, después de un fresco desayuno en una posada grande y cómoda.

Antes de que pudiera hablar, el Guardián entró –una majestuosa presencia acompañado por dos sirvientes– pero todo lo que Charls pudo ver fue que uno de los sirvientes cargaba con su cofre de vendas bordadas elegidas por él. Su regalo para el Kyros estaba siendo regresado sin ser abierto.

—Enviamos a un mensajero para decirles que no vinieran.

—Guardián, mis disculpas. No recibimos a ningún mensajero.

—O quizás lo ignoraron. Me estoy reuniendo con ustedes para que no haya ningún malentendido. No son bienvenidos aquí.

Charls sintió la misma desorientación que había sentido en la casa de Kaenas. El cofre de bordados fue puesto en el piso de azulejo frente a él con un golpe que lo hizo saltar.

—Guardián, si hay algún cargo contra mí, espero pueda al menos darme la oportunidad para…

—Traición —dijo Makon—. El cargo es traición. ¿Es correcto?

—La traición es decisión final del Rey. Pero usted está en contra de la alianza. Tuvo tratos falsos con nuestro Rey. Kyros Heiron no hará negocios con usted.

—Estás muy equivocado —dijo una voz.

Todos se giraron.

Charls se exaltó, e hizo una profunda reverencia al estilo vereciano. El Príncipe, Lamen y Guilliame hicieron lo mismo, mientras que detrás de ellos Alexon copió sus movimientos verecianos de manera torpe. Del otro lado del cuarto, el Guardián se hundió en una reverencia tradicional akielense, seguido por Makon.

Heiron, Kyros de Aegina entró, una marcha lenta y majestuosa en chitón que llegaba al suelo, y caía en dobleces, como cortinas verecianas pesadas.

—Mi hijo me cuenta una historia diferente.

—¿Su hijo? —dijo Charls.

—Alexon —dijo Heiron, levantando su mano—. Ven aquí.

Mientras Charls se quedaba de pie sorprendido, Alexon se enderezó en su completa estatura, acomodándose su capa azul.

—Es verdad. Yo soy Alexon, hijo de Heiron —dijo—. No soy un humilde granjero de ovejas como dije ser.

—Pero tus conocimientos sobre la tela —dijo Charls.

—Usualmente viajo de forma anónima a través de la provincia —dijo Alexon—. La gente me muestra su verdadera naturaleza de forma libre cuando no saben quién soy.

Dio un paso adelante para pararse al lado del Kyros de Aegina. El parecido, en la forma de su mandíbula, sus ojos espaciados y amplios, y las cejas gruesas, era inconfundible.

—El hijo de un Kyros, ¡viajando en cubierto con nosotros todo este tiempo! —dijo Guilliame.

—Me vieron como sólo un granjero —dijo Alexon—, más aun así salvaron mi vida en la taberna, y compartieron lo poco que tenían conmigo en el camino. Cuando aprendí quién eras, te puse a prueba, y encontré que los rumores eran falsos. Crees en la alianza de Reyes, como yo –como mi padre.

Heiron dio un paso adelante para saludar a Charls y su grupo formalmente. Lamen se quitó su sombrero lentamente hacia su frente, e hizo una reverencia aún más profunda de lo necesario.

—Espero que puedan unirse a nosotros en esta tarde como invitados de mi hijo —dijo Heiron.

—Kyros, me hace un gran honor —dijo Charls.

Su reverencia se convirtió en un exuberante abrazo de Guilliame y unas palmadas de celebración en su espalda de parte de Lamen cuando Heiron y el Guardián se fueron, con la promesa de que comenzarían conversaciones sobre comercio esa tarde.

—Disfruta tu pequeña victoria —los ojos de Makon estaban negros de ira—. Tengo negocios más grandes que abastecer.

—¿Más grandes que comerciar con el Kyros? —dijo el Príncipe.

—Más grandes de lo que tu pequeña mente puede entender —dijo Makon—. Mañana me dirigiré hacia Patras.

La cena como invitados de Heiron fue espléndida, y fue una gran lástima que Lamen se sintiera enfermo y no pudiera asistir. Comiendo cordero tierno y panes a la parrilla, Charls sintió el pensamiento de que una terrible nube se había despejado. Makon estaba en camino hacia Patras, y con el patrocinio del Kyros de Aegina, la reputación de Charls en esta región estaba restaurada.

—Creo que cada Kyros debería tener un conocimiento activo en lana, y en todos los productos arancelarios —dijo Alexon, pasando los champiñones asados.

—¡Siempre he pensado en eso! —dijo Charls.

La conversación estuvo excelente, la comida estaba excelente, y el trato de comercio que habían cerrado le dio a Charls el ingreso exacto que necesitaba para abrir los almacenes que había soñado en Delpha. Su mente divagó en el lugar que había elegido, una ubicación perfecta para expandir sus negocios, con la demanda creciente que la nueva capital en Delpha tendría por textiles de alta calidad…

—Imagine, Alteza, si ese truhan no hubiera derramado su vino en la taberna, nada de esto hubiera pasado —dijo Charls.

Hubo una breve pausa en el cuarto iluminado por el sol mientras hablaban a la mañana siguiente, sus pertenencias casi empacadas para viajar.

—Tú no bebes vino —dijo Lamen, un hombro inclinado contra la pared.

—Era una ocasión especial —dijo el Príncipe.

—¿Debería estar agradecido de que no estás acaparando un imperio comercial? —dijo Lamen.

—Haremos otro tipo de imperio —dijo el Príncipe.

Era un hermoso día para viajar, el sol elevándose en lo alto y brillando con una encantadora briza. Viajaron al oeste por varias horas, hasta que se desviaron a un campo de suave pasto bañado con flores salvajes, la luz brillando sobre una corriente airosa, donde el Príncipe pidió detenerse. Suplidos con una excelente comida del Kyros, podían comer bien en esta parada improvisada, y darle de beber a los caballos, incluso dejarles pastar un poco, agitando el pasto con sus correas.

Pero el Príncipe se bajó de inmediato y comenzó a gritar por sus soldados para que abrieran las carrozas.

—Aquí —dijo—. Estamos lo suficientemente lejos. ¡Ábranlas! ¡Ahora!

No había necesidad alguna de checar el inventario, pensó Charls. Habían vendido casi todo lo que cargaban, y el dinero que habían obtenido estaba seguro en un cofre al lado de Charls, protegido por su jinete.

Fue Guilliame quien dejó escapar un grito.

—¡Charls! ¡Charls!

Charls bajó inmediatamente. Al ver la mirada pálida en el rostro de Guilliame, recordó, de repente, al caballo envenado, y se apresuró al lado de Guilliame.

Por un momento lo surreal de ello le evitó sentirse enfermo, y entonces la reacción física lo golpeó, junto con el horror que parecía correr a través de su cuerpo, y apretar su pecho.

Había gente dentro de los vagones. Hombres y mujeres jóvenes, al menos dos docenas en sólo esta carroza, todos apretados, más o menos juntos, enfermos por alguna clase de droga –y debajo de eso, aterrados.

—¡Ayúdenlos a salir de las carrozas! –dijo Charls— ¡Rápido!

Alrededor de él, los soldados estaban cortando las ataduras, ayudando a jóvenes temblorosos hacia el pasto. Charls ordenó se les dieran frascos de agua y comida, y encontró varios rollos de tela sin vender que podrían ser usados como prendas donde se necesitara.

Desnudos o muy apenas vestidos, los jóvenes bebieron el agua agradecidos, pero no la pidieron, o cualquier otra cosa, o intentaron irse. Débiles y confundidos, buscaban aprobación, e hicieron como se les ordenó.

—Estos no son nuestros vagones —dijo Guilliame—. Por fuera, parecen los mismos, pero son…

Todo pensamiento se había ido de la mente de Charls, pero necesitaba atender a esta gente. Volteó a ver a Guilliame, sin entender qué estaba diciendo.

—Estos caballos son nuestros —dijo Guilliame—. Pero cambiamos de carrozas.

—¿Con quién? —preguntó Charls.

—Makon —dijo Lamen.

No había duda o sorpresa en la voz de Lamen. Miró a Charls con firmeza, y Charls vio en sus ojos que Lamen sabía la verdad desde hace mucho tiempo.

—Makon negocia esclavos —dijo Charls.

Pensó más atrás entonces –más allá de su silenciosa persecución de Makon, más allá de sus llegadas, a tiempo para coincidir. Pensó en el Príncipe, apareciendo para ayudarlo con cinco carrozas naranjas.

—Jardines élite de entrenamiento ahora enseñan las habilidades tradicionales para conseguir empleo. Pero algunos aún trafican esclavos a Patras, contra el edicto del Rey —dijo Lamen—. Ahora que hemos descubierto la ruta comercial podemos alertar a las fuerzas reales y proveer a estos jóvenes con refugio. Nos guiarán de vuelta a los jardines.

El rostro del Príncipe carecía de expresión alguna mientras llegaba junto a ellos, mirando a los jóvenes hombres y mujeres en el pasto.

—Nuestra cita llegará pronto.

—¿Qué sobre Makon? ¿No deberíamos enviar un guardia tras él?

—No —dijo el Príncipe.

Habló con fría decisión, con sólo esa palabra. Charls miró instintivamente hacia Lamen, cuya expresión, como la del Príncipe, no cambió.

—Makon recibió el dinero de los esclavistas, pero luego llegó con carrozas vacías. Él está muerto.

\*\*\*\*\*

De pie en la orilla de un pequeño jardín en Devos, Charls miró al atardecer. La última de las luces persistía en morados y azules oscuros. Más allá de las columnatas por donde caminaron, el paisaje se agrandaba y profundizaba en las montañas y valles que caracterizaban a esta región.

El día se sintió como un sueño –la llegada de la guardia real, los ex esclavos traídos a salvo a Devos.

Mañana, el Príncipe se iría, cabalgando de vuelta a Marlas donde les diría a todos sobre su viaje de casería en Acquitart. Nadie más que Charls sabría sobre sus esfuerzos para terminar el comercio de Makon aquí.

Se detuvo en el camino donde las escaleras conducían a una fuente y a los brotes serenos de un tipo de flor de la noche.

Había sólo suficiente luz para ver las dos figuras ahí.

Lamen estaba de pie ante el Príncipe, sus cabezas muy cerca mientras hablaban suavemente. Charls vio a Lamen levantar la barbilla del Príncipe.

Y entonces, con la confianza de una gran familiaridad, Lamen se acercó, y besó al Príncipe en la boca.

No fue, en una oración, sorpresa alguna para Charls. En el viaje el año pasado a través de Mellos, Charls los había visto crecer juntos. Había pensado que era encantador ver al Príncipe encontrar a un joven amante, y Lamen había mostrado un completo nivel apropiado de devoción. En efecto, Lamen era un hombre joven hecho y derecho creciendo con buena salud –el tipo de persona viril y bueno de naturaleza que podría atraer atención real.

Ahora, por supuesto, las cosas entre ellos debían ser diferentes. Todos sabían que el Príncipe Laurent era la pareja del Rey de Akielos, Damianos. La aventura del Príncipe con Lamen tendría que ser relegada a su lugar correcto, una diversión entre la realeza y el objeto de su breve atención.

Los brazos del Príncipe se deslizaron alrededor del cuello de Lamen, acercándolo más, y el beso se hizo más profundo, Lamen pegando más sus cuerpos.

Cuando el Príncipe se separó, sonriendo y murmurándole algo a Lamen, la cabeza de Lamen cayó al cuello del Príncipe. Ambos estaban hablando con afecto muy claro.

—¿Charls, me hablaste? —dijo Lamen, entrando en el cuarto de Charls la mañana siguiente.

Charls guió a Lamen sobre el sillón reclinable, donde ambos se sentaron, en la luz de la ventana superior.

—Tendré cuarenta este año. No es tan viejo, pero es lo suficiente para haber visto mi camino alrededor de este mundo. He visto la forma como eres con él.

Una sonrisa pequeña y triste apareció mientras Lamen giraba sus cálidos ojos hacia Charls.

—¿Es tan obvio?

—Has escogido un camino muy difícil. Él es el Príncipe de Vere, unido en alianza al Rey de Akielos.

—Charls —dijo Lamen—. He trabajado toda mi vida para ser leal a él.

Mirando al rostro abierto y joven de Lamen, Charls pensó que había muchas cosas que podría decirle. Podría advertirle sobre sostener sus esperanzas en una aventura con tan grande diferencia de edad. Tal vez le aconsejaría en su lugar a retirarse y aprender un oficio.

—Me alegro que te tendrá consigo. Necesita un compañero inquebrantable. Y… muchos grandes hombres en Vere se mantiene leales a sus compañeros de por vida, cuando sus sentimientos son verdaderos.

—En Akielos también —dijo Lamen.

—Sí, piensa en la realeza de Iphegenia. O en Theomedes, devoto a su señora Hypermenestra, a pesar de que estaba muy baja en rango para casarse con él.

—Me quedaré con Laurent el tiempo que me necesite —dijo Lamen.

Charls miró a Lamen, y se sintió agradecido de que su Príncipe tuviera a un hombre como él a su lado.

—Si algún día te encuentras en necesidad de ayuda o de un negocio, espero que vengas a mí. Creo que serías un excelente asistente de mercader —Charls le tendió su mano.

—Gracias, Charls. Es un verdadero cumplido —dijo Lamen, abrazando el brazo de Charls en despedida.

\*\*\*\*\*

—¡Larga vida al Rey! ¡Larga vida al Rey Laurent de Vere!

Charls se sentó feliz en el techo de su carroza, mientras otros se trepaban en las ruedas, y en los lados, o simplemente se quedaban de pie en puntillas al lado de su carroza, y se estiraban y brincaban y saludaban. Las calles estaban atestadas; sin una ventaja, era difícil ver algo.

Guilliame iba sentado al lado de él, las piernas le colgaban. Tenían una maravillosa vista todo derecho de la calle principal, donde el nuevo rey —Laurent, sexto en su nombre— era una figura dorada del tamaño de su pulgar, sus prendas doradas y su corona dorada, y la armadura del caballo dorada. Cabalgaba al frente de la procesión real, con sus abanderados vestidos de seda, y caballos con talabartería enjoyada y guardias con librea azul y oro, y heraldos con estandartes bañados de estrellas y chicos y chicas jóvenes aventando pétalos de flores azules y amarillos, haciéndose camino a través del pueblo hacia la fortaleza.

Marlas estaba repleta. Pero el Príncipe había insistido que su Ascensión fuera en Marlas y no en Arles, por lo que sus concejales y kyroi y la nobleza de Vere y Akielos y sus familias estaban amontonados en la fortaleza, y en cada posada, y en cada alojamiento que el pueblo pudiera encontrar. Charls mismo tenía un cuarto en el último piso de la casa de un sastre que compartía por un exorbitante precio con grupo de nobles menores de Kesus.

A diferencia de los nobles, él tenía una invitación para asistir con el Rey a su tercera noche de celebración. Su nivel de orgullo estaba al borde estallar cada vez que pensaba en este honor, y en la bondad del Rey en recordar a un humilde mercader de telas en la ocasión de su Ascensión.

Vistió su mejor chaqueta con mangas rectas de terciopelo negro, en fila con semillas de perlas, y alineadas con satín de Varenne. Se aseguró de sentarse recto, y acomodó su sombrero cuidadosamente al ángulo correcto y pulió sus zapatos dorados abrochados hasta que tuvieran un reluciente brillo.

Mientras recorría el camino hacia la sala del trono, pasando por grandes mujeres y hombres de ambos países, se dio cuenta que era la primera vez que ambos Vere y Akielos se habían unido para presenciar una Ascensión. Una verdadera unión, pensó. Y entonces vio a la figura que lo estaba esperando.

El Rey Laurent estaba vestido en oro, su cabeza coronada en oro, sus ropas de seda color marfil y oro, un joven rey resplandeciente, tan brillante que los ojos brillaban con tan sólo verlo.

—Majestad —dijo Charls con una leve reverencia.

—Charls —dijo su Rey—.Quiero que conozcas a alguien.

Mientras Charls se enderezaba de su reverencia, otra gran figura venía hacia él, y Charls tuvo la primera impresión que sólo se tiene ante la realeza: túnicas akielenses fluentes, poder, coronado con laureles.

—Damianos de Akielos —dijo Laurent.

Charls miró hacia arriba —y arriba, y arriba— al rostro familiar, cálido y apuesto, a la sonrisa y los ojos que conocía tan bien.

—Lamen —dijo Charls, con un tono de sorpresa— ¡¿Por qué estás vestido como el rey?!

NEWSLETTER

Si quieres ser notificado sobre nuevos lanzamientos, puedes [registrarte aquí en el newsletter de C.S. Pacat.](https://app.mailerlite.com/webforms/landing/r3w9b5)

Sigue a C.S. Pacat en Twitter en [cspacat](https://twitter.com/cspacat), o en su sitio web [cspacat.com](http://cspacat.com).